

Del suicidio

Antoine Roquentin



Capítulo 1

Según Camus, no hay sino un sólo problema verdaderamente filosófico: el suicidio. Esta sentencia, que puede parecer antojadiza, es una realidad que trasciende incluso las intenciones del propio Camus, quien tal vez haya comprendido la hondura de esta cuestión. Todo el desarrollo del rebeldía ante la absurdidad de la vida está destinado a sortear esta pregunta : ¿Por qué no suicidarse? Por lo demás, esta solución (como la del resto de los mortales) es un mero ejercicio discursivo, que justifica el efecto pero no las causas. El efecto inmediato que pretende justificar es éste: "no quiero morir". Puede parecer un ejercicio contra natura quitarse la vida; sin embargo, desde el punto escatológico, la considero una pregunta válida para todo aquél que busque la verdad antes que cualquier otra cosa, antes incluso que el apego a la propia vida. Y, como tal, digna de ser examinada e incluso quizás, llegado el caso, defendida.

Lo curioso es que toda doctrina, sea esotérica -incluidas las doctrinas religiones, en tanto teleológicas- o exotérica, se ocupa antes de calumniar al suicidio que de ahondar en el por qué de la necesidad de continuar con el arduo trabajo en que consiste vivir. Las razones que dan a este respecto son tan retóricas como la de Camus, y se derivan de una vacuidad tautológica, sin argumentos que puedan convencer a la mente racional.

Si somos producto de la casualidad, de la simple evolución de un universo en expansión, de la unión de partículas elementales; en definitiva, si no somos producto de la creación de Dios, entonces somos seres abandonados a una existencia sin sentido no propósito, somos meras circunstancias, adornos en la inmensidad de un cosmos que se mueve al compás de la causalidad absoluta, ignorados en una vastedad que ni comprendemos, ni tenemos posibilidad de comprender. No hay necesidad en nuestra existencia, y tampoco justificación. De este modo ¿Por qué no suicidarse?

Si somos producto de Dios, quizás la cosa se pone más compleja, porque tenemos que lidiar con el tema del propósito de nuestra creación. Es decir, si suponemos un Dios todopoderoso, el que nos haya hecho de un modo tan imperfecto, habilita la pregunta acerca del sentido de esta imperfección. ¿Por qué, pudiendo hacernos perfectos, dada su omnipotencia, eligió hacernos imperfectos? A este planteo surgen innumerables respuestas, que (a riesgo de caer en un reduccionismo peligroso) pueden resumirse de la siguiente manera: el ser humano necesita ser imperfecto para ganar la perfección, como condición indispensable para su comunión con el Creador. Dejemos de lado, por el momento, la idea de la necesidad de Dios de unirse con nosotros, incluso

si fuera para nuestro propio beneficio; porque, como se ha dicho, la omnipotencia de la deidad cancela de cierto modo este planteo: ¿Por qué querría Dios, en su Infinita Gracia, unirse con nosotros, aquellos por Él creados? Y, llegado el caso, así fuera ésta su intención, volvemos al dilema del principio: ¿por qué, entonces, nos ha hecho imperfectos? Centrémonos simplemente en el hecho de que todos nuestros apetitos y necesidades, como meros animales, nos alejan de esta comunión. Algo en nuestra constitución biológica nos impulsa a la saciedad de estos impulsos, y esta es una regla acaso natural. Todo animal busca esta saciedad; pero las reglas para llegar a la comunión con Dios parecen conducir a negar nuestra animalidad, rebelarnos contra la naturaleza misma de nuestra constitución, de manera que, de lograrlo, dejaríamos de ser animales, dejaríamos de ser seres humanos; es decir, una tarea sobrehumana a la que, como seres humanos, no podemos aspirar. Imposible como parece ser esta tarea, remarcando el hecho de que, todas las personas que, habiendo intentado trascender su humanidad (salvo un puñado, cuya realidad histórica se asemeja más a la mitología que a la realidad), se han transformado en meros símbolos utilizados para propósitos bien terrenales, cuando no transformado en verdaderos monstruos disfrazados de corderos, nos lleva de nuevo a la pregunta.

Si la existencia precede a la esencia, la pregunta sigue en pie, aunque se quiera disertar lo contrario. Si la esencia precede a la existencia, entonces quedan algunas preguntas por resolver. Tomando a la esencia como aquello que "es": nuestro alma, espíritu, ánima o como quiera llamársela, esta debe ser, por su propia constitución, perfecta. No hay una sola doctrina esotérica que sostenga que la esencia es imperfecta. Ahora bien, si este alma arquetípicamente ideal, ya pertenece a la perfección, ¿Por qué habría de descender a un nivel de imperfección? "Porque es necesaria la experiencia" dirán algunos, pero se olvidan que algo perfecto es, en esencia, algo que contiene todas las respuestas, que ya se encuentra en comunión con todo lo creado. Es decir, algo que no necesita de ninguna experiencia; porque, como completad de su existencia -sobre todo si quitamos las imperfecciones derivadas de ser un simple ser humano-, ya tiene todas las respuestas, contempla la Verdad cara a cara. ¿Que podrá faltar a esta esencia perfecta como para descender a los abismos de la animalidad humana? Y, si lo hace, por qué no, entonces, correremos felices a volver a ese estado arquetípico de contemplación ¿Por qué no dejar de existir lo antes posible y volver a este estado?: ¿Porque Dios no lo quiere? Entonces volvemos al principio, y corresponden las preguntas de por qué se nos ha hecho imperfectos; y, sobre todo, incapaces de escapar de la imperfección, negándonos la posibilidad de volver al estado que nuestro alma anhela.

De existir el eterno retorno, la pregunta no desaparece. Estaríamos suicidándonos por toda la eternidad, lo que sería igual que seguir viviendo por toda la eternidad. Esto no disipa nuestra inquietud, ya que si acaso hubiera un alma que no soportara este retorno, el mero hecho del suicidio

valdría como justificativo de su disconformidad. Y podría hacerlo perpetuamente, lo que valdría como una declaración absoluta, tal vez la única que pueda hacerse dentro de esta perspectiva; y sería mucho más honesto que simplemente soportar hasta el fin, sólo para luego de nuestra muerte, tener que volver a soportarla de la misma manera, con el mismo tedio y con la misma vacuidad. Porque si todo lo que es volverá a ser de la misma manera, no hay propósito alguno definido, volviendo así al principio de todo este cuestionamiento.

No pocas veces, uno escribe sólo las preguntas que persiguen su mente, que lo acechan y desafían desde lo más hondo de su alma, con risa desdeñosa. Las escribe para dar con una respuesta, aunque esa respuesta no se encuentre dentro de uno. Tal vez, si se tiene suerte, algún otro tendrá la respuesta que ilumine sus días, y todo este ejercicio pseudo literario pasa a tener un fin. Ojalá seas tú, lector, quien tenga la respuesta a esta pregunta. Y, de ser así, aún cuando nunca pueda escucharla, estaré feliz de que existe una respuesta que nos acerque a todos (estas respuestas no son singulares, sino absolutas, y rigen para todo el género humano) a la justificación de nuestra existencia.